

MENSAJE FRATERO
A
LOS RELIGIOSOS
Y
LAS RELIGIOSAS
DE
AMERICA LATINA



Dom Helder Câmara

En vísperas de la Asamblea de Puebla, recupera actualidad y fuerza profética este mensaje que Helder Câmara dirigió al V Seminario de la CLAR para superiores mayores, Lima 1975.

1. ¿QUIEN SABE SI ESTARA SONANDO LA HORA DE DIOS PARA NUESTRO CONTINENTE...?

Impresiona ver, en el Evangelio, la paciencia y el cuidado de Cristo para esperar su hora, la hora marcada por el Padre y a la que, en modo alguno, quería faltar. Ni anticiparse, ni atrasarse: Vivir, en plenitud, la voluntad del Padre.

Mas Cristo sabía discernir, con seguridad, Su hora. Ay de nosotros que, muchas veces, tanteamos en la oscuridad y quedamos perplejos al no saber si las alarmas que suenan, si las llamadas que oímos, son fruto de la fantasía -nuestra o de falsos profetas- o si viene del Señor el mensaje...

Juntos, en la humildad y en la oración, nos será menos difícil distinguir si, de hecho, está sonando la hora de Dios para nuestro continente...

2. OS DIGO, CON SIMPLICIDAD Y CONFIANZA, LO QUE SIENTO Y PRESIENTO.

2.1 *La pobreza que Dios nos pide, ahora y aquí.*

A cada uno de nosotros y a nuestras familias religiosas, Dios nos pide no la pobreza de nuestra elección, sino la Pobreza que, El lo sabe, nos conviene y de la cual necesitamos en el lugar y en el tiempo en que la Providencia nos permite vivir y trabajar.

Claro que la Pobreza tiene notas esenciales, las mismas ayer, hoy y siempre; aquí, allí o en cualquier rincón. Pero el Señor sabe qué aspectos de la Pobreza acentuar, según los signos de los tiempos y las circunstancias personales. Sin juzgar, porque no podemos juzgar, y, todavía menos, sin juzgar el pasado con la visión del presente, reconozcamos que los hombres de Iglesia, en nuestro continente, de tal modo nos preocupábamos en mantener la autoridad y el orden social que, en general, ni siquiera percibíamos:

- las terribles injusticias que se escondían (y se esconden) detrás, del así llamado, "*orden social*", y que es, más que nada, un desorden estratificado.
- cómo era excesivamente pasivo el cristianismo que presentábamos: paciencia, obediencia, aceptación de los sufrimientos - grandes virtudes, pero que, en el contexto, contribuían para que grupos privilegiados mantuviesen millares y millones de conciudadanos en situación infrahumana. En Medellín, la jerarquía latinoamericana denunció esta situación, rotulándola de colonialismo interno.

Con las mejores intenciones hemos servido de soporte a este colonialismo, y tenemos nuestra parte de responsabilidad en el escándalo anticristiano de que más de dos tercios de nuestra población se encuentra a un nivel subhumano.

¡Claro que los poderosos y los Gobiernos apreciaban mucho a una Iglesia que daba cobertura a este cuadro social que tanto les convenía!

Frente a un agravamiento, cada vez mayor, de la realidad, y frente a las exigencias, cada día más urgentes, de justicia por parte de las encíclicas desde León XIII hasta Pablo VI y de las conclusiones del Vaticano II y de Medellín, se sintió la imperiosa necesidad de denunciar el pseudo-orden social y las gravísimas injusticias que él esconde.

A partir de ahí, y cuando la Iglesia comienza a incentivar la promoción humana de las masas mantenidas en la miseria y en el hambre, desaparecen la admiración y el respeto que la rodeaban; empieza a ser juzgada como inmiscuyéndose en política, promoviendo la subversión, haciendo el juego al comunismo.

Aceptar esta pérdida de prestigio con todas las consecuencias de cortes en las subvenciones oficiales y en las ayudas particulares; aceptar el distanciamiento de las autoridades y de los poderosos; aceptar sufrir por amor a la justicia el juicio de abandonar la evangelización y de apoyar y sustentar la agitación y el terrorismo:

- He ahí la pobreza que si no me engaño, es la pobreza que Dios pide a la iglesia de Cristo que se encuentra en la América Latina de las décadas del 70 y 80.

Discutir si debemos o no mantener escuelas, trabajar en hospitales, mantener orfanatos - perdónenme, pero parece secundario frente a la opción fundamental: si clamamos por la justicia; si decimos en nombre del Evangelio, que no es posible que también en nuestro continente cristiano, una minoría privilegiada se vuelva cada vez más rica y las grandes masas del continente se proletaricen cada vez más, entonces los poderosos se encargarán de cerrar nuestras escuelas o de vaciarlas y de apartarnos como agitadores, rosados o rojos, de la sociedad elitista que ellos controlan.

Qué privilegio, poder, de repente por designio de Dios, vivir en plenitud el voto de pobreza que ni siquiera sabía-

mos apenas cómo vivir: ¡pobreza como pérdida de "status" de prestigio, de fuerza y, consecuentemente, pérdida de dinero y expulsión práctica del ámbito de los ricos...!

2.2. La fraternidad que el Señor espera de nosotros.

¡Religiosos y religiosas de América Latina! Dios os llama a vivir, en Cristo una fraternidad mucho más amplia y más profunda que el simple entendimiento fraterno entre miembros de la misma familia religiosa.

En la hora en que seglares, religiosos, sacerdotes u obispos están sufriendo, evangélicamente, por amor a la justicia, imaginad el inmenso apoyo moral que supondría la solidaridad fraterna de las religiosas y de los religiosos de todo el continente que se adelantasen para decir: ¿Subversivos? ¡No! ¿Agitadores? ¡No! ¿Comunistas? ¡No! ¿Traidores al Evangelio? ¡No! ¡Están viviendo el cristianismo como Cristo espera que sea vivido en esta hora y en nuestro continente!

La prudencia de la carne dirá:

Pero, ¿quién sabe? ¡Tal vez sean, realmente, agitadores, subversivos y comunistas! ¿Hay o no hay una infiltración marxista dentro de los cuadros católicos? ¿Hay o no hay elementos de los nuestros comprometidos con la violencia armada y con la guerrilla? ¿La lucha de clases no es hoy aceptada, entendida y vivida por numerosos cristianos?

En la medida en que el CELAM y la CLAR se uniesen para denunciar, sin odio, pero con firmeza, el colonialismo interno; en la medida en que el CELAM y la CLAR se uniesen en la opción por los pobres y oprimidos del continente; en la medida en que, viviendo e induciendo a vivir en Medellín, promoviesen la educación liberadora, en esa misma medida ningún cristiano o grupo de cristianos sentirá necesidad de buscar inspiración y apoyo fuera del Evangelio, fuera de Jesucristo.

La fraternidad que más agrada a Cristo es hermanarnos

con los pobres que en las ciudades que crecen, están siendo barridos hacia zonas cada vez más distantes; y están siendo expulsados del medio rural para la implantación de modernos proyectos agro-industriales o pecuarios en gran escala. ¡Feliz la familia religiosa con miembros viviendo en medio de los pobres, participando de su suerte, siendo expulsados como ellos sin privilegio alguno!

Nos podríamos preguntar si esta fraternidad no debe pagar un precio muy alto. Nos podríamos preguntar si la fraternidad con los pobres y con los que se hermanan con ellos no trae, como consecuencia, el desentendimiento con los ricos y, poco a poco, inclusive, el odio contra ellos.

Evidentemente, existe peligro de que al trabajar con obreros, se acabe odiando a los patronos y de que al trabajar con los pobres se acabe odiando a los ricos. Si el espíritu de Medellín es bien comprendido y vivido la denuncia de las injusticias serán hecha sin odio.

Ser amigo, ser hermano, no significa cerrar los ojos a errores y abusos.

Parece imposible la conversión de la estructura opresora. Pero dentro de ella hay margen para conversiones personales. Estas sólo serán posible en la medida en que se den claras llamadas de alerta y denuncias en la línea de lo que dijo Cristo sobre el peligro de las riquezas.

2.3. *El estará con nosotros.*

Seremos felices si en cada uno de nosotros y en nuestra familia religiosa se realiza lo que dijo Cristo en la sinagoga al abrir el libro de Isaías: que la profecía, respecto a El se realizaba plenamente en aquel instante.

"El Espíritu del Señor está sobre Mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la liberación, a los ciegos la recuperación de la vista, para poner en libertad a los oprimidos. Me envía para anunciar un año de gracia del Señor" (Lucas 4,18-19).

Cuando en la oración, sobre todo en común, nos tornamos más uno con Cristo; cuando la unidad en Cristo se profundiza en la celebración eucarística, las mayores dificultades, las mayores pruebas se tornan muy fáciles para ser enfrentadas y vividas.

Por un lado nos damos en préstamo a Cristo: El ve por nuestros ojos, escucha por nuestros oídos, habla por nuestros labios, camina por nuestros pies, actúa por nuestras manos... Si nos ayudamos mutuamente para que la rutina no estrague el ejercicio permanente de nuestra unidad en Cristo, podremos terminar diciendo, como San Pablo: *"Ya no soy yo quien vive: es Cristo quien vive en mí"*.

Por otro lado, descubrimos, con Cristo y en Cristo, siempre más, a Cristo en nuestro prójimo, sobre todo, en el pobre, en el oprimido, en el hermano que necesita ayuda para la propia liberación.

¡No estaremos solos! Cristo estará con nosotros y nosotros en Cristo, cuando intentemos vivir los grandes misterios que El inició, y cuya continuación y coronamiento confía a nuestra debilidad. A nosotros, pueblo de Dios, nos cabe la responsabilidad de continuar la liberación iniciada por el Redentor: liberación del pecado individual y del pecado colectivo, liberación del egoísmo y de las consecuencias del egoísmo...

En la hora en que también para nosotros, el sacrificio eucarístico, iniciado en la Cena, tendrá que prolongarse y consumarse en el Calvario, de ningún modo estaremos solos: más que nunca podremos decir al Padre: *"De corazón contrito humilde, seamos Señor, acogidos por Vos, y sea nuestro sacrificio ofrecido de tal modo que Os agrade Señor, Dios nuestro"* ¡El Padre entenderá plenamente que al hablar de nuestro sacrificio, estamos pensando en la responsabilidad y en la gloria de poder llevar nuestra gota de agua hasta el cáliz de la Ofrenda!

3. INVOCACION A LA CLAR.

CLAR, no te traigo en este momento un discurso más. La hora es demasiado grave como para quedarnos en meras palabras...

Si la CLAR consigue ayudar, fraternalmente, al CELAM a concretar las comprometidas y esperanzadoras conclusiones de Medellín, estará ayudando a que América Latina cumpla su misión histórica de los planes de Dios.

Al intentar vivir y ayudar a vivir la pobreza que Dios nos pide en América en los años 1970 y 1980, al intentar vivir la fraternidad con los dos tercios de oprimidos de este continente y del mundo, podremos tener la seguridad de que estamos, como nunca lo estuvimos, unidos a Cristo, de que mos uno con EL.

Pero no nos hagamos ilusiones:

Perderemos prestigio: los Gobiernos y los poderosos nos juzgarán como desviados del Evangelio, agitadores, subversivos, comunistas; los poderosos nos abandonarán...

Cristo ya nos lo avisó: *"Mirad que os envío como ovejas entre lobos... Seréis arrastrados hasta los tribunales... No os preocupéis con lo que habéis de responder: el Espíritu de Dios responderá por vosotros... Día vendrá en que aquellos que os maten pensarán que están prestando un servicio a Dios..."*

Pero más duro que la incomprensión de los poderosos es cualquier falta de entendimiento entre casas religiosas de nuestro continente y casas generalicias de Europa y de América del Norte; o cualquier falta de entendimiento entre casas religiosas y la Sagrada Congregación de Religiosos.

Si conservamos serenidad y espíritu de fe, si nos mantemos unidos en la CLAR y en el CELAM, será posible evitar los equívocos y demostrar que la mejor manera de vivir la unidad de la Santa Iglesia es vivirla en variedad, que nos

va siendo indicada por el espacio y por el tiempo en que Dios nos permite vivir y trabajar.

El Santo Padre sabe muy bien que si, en nuestro continente, la jerarquía y los religiosos no pasan de la teoría a la práctica, no dan, con audacia y decisión cobertura a la lucha pacífica, pero decidida, en pro de la justicia como condición de paz, el desencanto, sobre todo en los jóvenes por la Iglesia institucional podrá alcanzar proporciones graves.

Nuestro continente cristiano, gracias a Dios, no sabe todavía odiar. Y Dios quiera que jamás caiga en la desesperación o en el odio. Pero no nos hagamos ilusiones, CLAR. Los que hoy intentamos trabajar por la paz, defendiendo la justicia, clamando por los derechos humanos somos rotulados de agitadores y subversivos.

Los privilegiados se niegan a reconocer que la subversión es, de hecho, la situación de miseria que condena a más de dos tercios del continente a una situación sub-humana.

Si CLAR y CELAM se uniesen para dar, con decisión, cobertura moral a la Acción no violenta, la América Latina podrá, quién sabe, ofrecer al mundo el ejemplo de cambio de estructuras injustas y opresoras, sin recurrir a las armas, sin cambiar los oprimidos de hoy en opresores del mañana.

Recordemos ahora y siempre: trabajar por la justicia y por el amor es trabajar por la paz que Cristo anunció desde el nacimiento hasta la hora de la Ascensión.

